

ASPECTOS DE LA VIDA CRISTIANA Y LA VIDA DE IGLESIA SEGÚN SE VEN EN LA NUEVA JERUSALÉN

(Viernes: primera sesión de la noche)

Mensaje tres

Las puertas de perla y la calle de oro

Lectura bíblica: Ap. 21:18, 21; Cnt. 2:14; Fil. 3:10; Gá. 2:20; 1 Co. 15:31; 2 P. 1:4

I. Las doce puertas de la Nueva Jerusalén son doce perlas—Ap. 21:21a:

- A. Las perlas son producidas por las ostras en las aguas de la muerte; cuando una ostra es herida por un grano de arena, secreta su líquido vital alrededor del grano de arena y lo convierte en una perla preciosa.
- B. Esto describe cómo Cristo, Aquel que vive, entró en las aguas de la muerte, fue herido por nosotros (Is. 53:5) y secretó Su vida sobre nosotros a fin de convertirnos en perlas preciosas útiles para la edificación de la expresión eterna de Dios.
- C. El hecho de que las doce puertas de la ciudad santa sean doce perlas, significa que la regeneración efectuada por el Cristo que vence la muerte y secreta vida es la entrada de la ciudad.
- D. Así como el grano de arena permanece en la herida interna de la ostra, también nosotros debemos permanecer en la muerte de Cristo; Su muerte es nuestra habitación, nuestra morada, nuestra residencia, nuestro reposo y nuestro único lugar de protección:
 - 1. Mientras nos quedemos y permanezcamos en la muerte de Cristo, nunca nos enojaremos; podemos obtener la victoria sobre el pecado, sobre nuestro mal genio, sobre el mundo y sobre Satanás en la muerte de Cristo.
 - 2. Si el grano de arena se mantiene alejado de la herida de la ostra, no estará en la posición correcta para disfrutar la secreción del jugo vital de dicha ostra; este cuadro nos muestra que estamos encarcelados en la muerte de Cristo mediante Su poder de secreción, y que esta secreción es el mover de Su vida de resurrección.
 - 3. Mientras permanezcamos en Su herida, en la muerte de Su cruz, Su vida reaccionará y esta reacción es una secreción de Su vida de resurrección; la secreción de Su resurrección se halla en el Espíritu vivificante, quien es la realidad de Su resurrección.
 - 4. Debido a Su gran amor con que nos amó, Su herida (Su muerte) causada por nosotros llega a ser nuestra cárcel; a medida que permanecemos en la muerte del Señor y disfrutamos de Su resurrección que secreta vida, más entramos en la Nueva Jerusalén y más llegamos a ser dicha ciudad.
- E. Las perlas representan el fruto de la secreción de Cristo en dos aspectos: Su muerte que redime y libera la vida, y Su resurrección que imparte vida:
 - 1. Para ambas clases de secreción (impartición) se requiere que los creyentes que buscan del Señor experimenten diariamente la muerte de Cristo subjetivamente mediante el poder de la resurrección de Cristo, a fin de ser confiados a la muerte de Cristo (Fil. 3:10), y que experimenten diariamente

- la resurrección de Cristo subjetivamente mediante la abundante suministración del Espíritu (la realidad de la resurrección) de Jesucristo a fin de ser hechos conformes a la imagen del Hijo primogénito de Dios (1:19; Ro. 8:29).
2. Es sólo mediante el poder de la resurrección de Cristo que podemos experimentar Su muerte; mediante el poder de la resurrección de Cristo, tenemos la capacidad y el poder para mantener nuestro miserable yo en la cruz.
 3. La muerte de Cristo puede experimentarse sólo mediante la resurrección de Cristo, y la resurrección de Cristo sólo puede ser real para nosotros mediante la abundante suministración del Espíritu de Jesucristo—Fil. 1:19-21a.
 4. Es sólo por medio de la oración que podemos permanecer en la cruz, contactando a Cristo en nuestro espíritu continuamente como Espíritu vivificante, el Espíritu que es la realidad de Su resurrección—1 Ts. 5:17.
- F. El Cantar de los Cantares nos muestra que Cristo desea que aquella que le busca permanezca en la cruz, permanezca en Su muerte, permanezca en una condición crucificada, todo el tiempo—2:14; Gá. 2:20; 1 Co. 15:31; 2 Co. 4:10-11:
1. Es difícil permanecer en la muerte de cruz, pues es como entrar en las hendiduras de la peña y en lo escondido de escarpados parajes en lo alto de las montañas por sendas escabrosas—Cnt. 2:14.
 2. A fin de fortalecer y animar a Su amada para que ella se levante y salga de su condición de abatimiento en la introspección del yo, Cristo la fortalece mostrándole el poder de Su resurrección y la anima mediante las florecientes riquezas de Su resurrección—vs. 8-13.
 3. Es por el poder de la resurrección de Cristo, y no por nuestra vida natural, que quienes amamos a Cristo determinamos tomar la cruz al negarnos al yo—Mt. 16:24.
 4. Es también por el poder de la resurrección de Cristo que somos capacitados para ser conformados a Su muerte al ser uno con Su cruz—Fil. 3:10.
 5. La realidad de la resurrección es el Cristo pneumático (Jn. 11:25; 20:22), quien como Espíritu consumado mora en nuestro espíritu regenerado y está mezclado con el mismo (1 Co. 6:17); es en tal espíritu mezclado que somos partícipes de la resurrección de Cristo y la experimentamos, lo cual nos capacita para ser uno con la cruz a fin de que seamos liberados del yo y transformados en un nuevo hombre perteneciente a la nueva creación de Dios con miras a la realización de la economía de Dios en la edificación del Cuerpo orgánico de Cristo.

II. La calle de la ciudad santa, así como la ciudad misma, es de oro puro, lo cual simboliza la naturaleza divina—Ap. 21:18, 21; 2 P. 1:4:

- A. Puesto que el oro representa la naturaleza divina de Dios, que la ciudad sea de oro puro significa que la Nueva Jerusalén está completamente constituida de la naturaleza divina de Dios y que ésta es su elemento—Ap. 21:18b.
- B. El río de agua de vida corre “en medio de la calle”, que es de oro puro, lo cual significa que la vida divina fluye en la naturaleza divina como el único camino para la vida diaria del pueblo redimido de Dios—22:1; 21:21b:
 1. Donde fluye la vida divina, allí también está la naturaleza divina como el camino santo por el cual anda el pueblo de Dios, y donde está el camino santo de la naturaleza divina, allí también fluye la vida divina.

2. La vida y la naturaleza divinas como el camino santo siempre van juntas; así que, el río de agua de vida, que procede de Dios, está disponible a lo largo del camino divino, y nosotros podemos disfrutar del río al andar en este camino de vida.
- C. La naturaleza divina es lo que Dios es: Dios es Espíritu (Jn. 4:24), Dios es amor (1 Jn. 4:8, 16) y Dios es luz (1:5); *Espíritu* denota la naturaleza de la persona de Dios, *el amor* denota la naturaleza de la esencia de Dios y *la luz* denota la naturaleza de la expresión de Dios:
 1. Cuando participamos de la naturaleza divina (2 P. 1:4), disfrutamos a Dios como Espíritu, como amor y como luz.
 2. Si pasamos suficiente tiempo con el Señor en la mañana, tendremos la sensación de que estamos disfrutando al Señor como Espíritu, y llegaremos a ser una persona de amor; además, todo lo que digamos será luz y todo lo que hagamos será diáfano como el cristal.
 - D. La vida divina y la naturaleza divina son inseparables; la naturaleza divina es la sustancia de la vida divina y está dentro de la vida divina—1 Jn. 1:1-2; 5:11-13.
 - E. Como hijos de Dios, somos Dios-hombres, nacidos de Dios, que poseen la vida y la naturaleza de Dios, y pertenecen a la especie de Dios—3:1; Jn. 1:12-13.
 - F. Uno que participa de la naturaleza divina es alguien que disfruta la naturaleza divina y participa en la naturaleza divina:
 1. Participar de la naturaleza divina es disfrutar de lo que Dios es; ser partícipe de la naturaleza divina es ser partícipe de las riquezas, los elementos y los constituyentes del ser de Dios.
 2. Si hemos de ser partícipes de la naturaleza divina, debemos vivir por la vida divina dentro de nosotros, la cual es la naturaleza divina—v. 4; 10:10; 11:25; 6:57b.
 - G. Disfrutamos la vida divina por medio de las preciosas y grandísimas promesas de Dios, como las que se hallan en Mateo 28:20; Juan 6:57; 7:38-39; 10:28-29; 14:19-20, 23; 15:5; 16:13-15; 2 Corintios 12:9 y Efesios 3:20.
 - H. Ser partícipes de la naturaleza divina tiene una condición, a saber, que escapemos de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; debemos vivir en el ciclo de escapar y participar, y de participar y escapar—2 P. 1:4.
 - I. Si disfrutamos a Dios y participamos de las riquezas de Su ser, llegaremos a estar constituidos de la naturaleza divina, vendremos a ser igual a Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad, y lo expresaremos en todo lo que somos y hacemos—v. 3.
 - J. A medida que participemos de la naturaleza divina, disfrutando de todo lo que Dios es, las riquezas de la naturaleza divina se desarrollarán plenamente de tal modo que podremos obtener una rica entrada en el reino de Dios—vs. 5-11.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

SUS PUERTAS SON PERLAS

Ahora llegamos a la segunda aplicación de la Nueva Jerusalén, la cual está estrechamente

relacionada con las puertas. Sus puertas son perlas (Ap. 21:21a). Vimos que la Nueva Jerusalén, en su totalidad, es una gran señal. Sus doce puertas son doce perlas grandes. Es imposible que las perlas naturales alcancen un tamaño tan grande que puedan ser puertas de la ciudad. Las perlas que se encuentran en la ciudad no son naturales; Dios las usa para indicar algo.

El resultado de la doble secreción

Cuando una ostra es herida por un grano de arena, segrega su líquido vital alrededor de éste y hace de él una perla preciosa. Las perlas representan el resultado de la secreción de Cristo en dos aspectos: Su muerte redentora que libera la vida y Su resurrección que imparte vida. Sin la revelación que recibimos de parte de Dios nunca podríamos comprender que la muerte de Cristo segrega algo, o sea que lo imparte, para producir las puertas de la ciudad. Las doce puertas son el resultado de lo que secreta Cristo también en Su resurrección que imparte vida. Él resucitó para ser el Espíritu vivificante a fin de impartir la vida divina en los creyentes (1 Co. 15:45). Esto es una clase de secreción que da por resultado una perla grande, la cual será las puertas de la ciudad. Tanto la muerte de Cristo como Su resurrección producen una secreción.

Requieren que los creyentes que buscan más del Señor experimenten diariamente la muerte y la resurrección de Cristo

Las dos secreciones (imparticiones) requieren que los creyentes que buscan más del Señor experimenten diariamente la muerte de Cristo de modo subjetivo por el poder de la resurrección de Cristo, a fin de ser conformados a Su muerte (Fil. 3:10). Debemos aplicar de modo subjetivo a nuestra experiencia diaria no solamente la muerte de Cristo, sino también la secreción de Su muerte. Tal vez sepamos que fuimos crucificados con Cristo, pero necesitamos experimentar este hecho. Cuando los casados discuten, ¿podemos decir que esa discusión es la conversación de los que han sido crucificados? Cuando un hermano habla con su esposa, tiene que considerarse una persona crucificada.

La estrofa 2 de *Himnos*, #425, el cual es un canto corto sobre el bautismo, dice “¡No vivo yo! ¡No vivo yo! / ¡Cristo en mí se manifiesta hoy!”. En nuestro bautismo declaramos que estamos acabados. Ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí (Gá. 2:20). En nuestra experiencia subjetiva, debemos estar en la cruz. Es posible que conozcamos esta enseñanza, pero nos hace falta en nuestra experiencia diaria. En nuestra vida diaria, no practicamos el estar crucificados con Cristo.

En varias ocasiones cuando estaba un poco enfadado con mi esposa, intentaba discutir con ella. Pero cuando tenía las palabras en la punta de la lengua, recordaba: ¿Es esto estar crucificado? Inmediatamente me detenía. Iba a mi cuarto y oraba: “Señor, perdóname. Yo sé que estoy crucificado, pero no lo practico. Oh Señor, ¡qué vergüenza! Te he estado siguiendo por más de sesenta años, pero todavía intento discutir con mi querida esposa. Todavía vivo yo y no Cristo. He estado enseñando a otros acerca de esto por más de sesenta años, pero no estoy aplicando lo que enseño”.

Queridos santos, la segunda aplicación de la Nueva Jerusalén consiste en que experimentemos subjetivamente la muerte de Cristo en nuestra vida diaria. No podemos hacerlo en nosotros mismos ni por nuestra propia cuenta. Ninguno de nosotros puede practicarlo. A todos nos gusta discutir. Las discusiones surgen de nuestra vida natural, del “yo”, y no de Cristo. Pero debemos dejar este “yo” en la cruz. Tenemos que aplicar a nuestra experiencia diaria la muerte subjetiva de Cristo. Podemos experimentar la muerte de Cristo sólo por el poder de Su resurrección.

El coro de *Himnos*, #297 dice: “Muerte vida trae”. Esta vida viene a nosotros no por nuestra vida natural, sino por el poder de la resurrección de Cristo. Es cierto que fuimos crucificados, pero ¿cómo podemos permanecer en la cruz todo el tiempo? No existe un ser humano que pueda hacerlo excepto los que conocen el poder de la resurrección de Cristo; ellos tienen la capacidad, la habilidad, de practicarlo. Por el poder de la resurrección de Cristo, tenemos la capacidad y el poder de mantener nuestro yo en la cruz. ¿Cómo puede una hermana ser una buena esposa? Una buena esposa es una esposa crucificada, una esposa que permanece en la cruz.

Es menester que permanezcamos todo el tiempo en la cruz, bajo la crucifixión. A veces yo acudía al Señor y decía: “Señor, no puedo llevar esta vida cristiana. Pensé que después de creer en Ti ibas a hacer muchas cosas buenas en mi favor”. El Señor contestó: “Sí, haré todo lo bueno para ti, pero tú necesitas permanecer en la cruz. Mientras vivas por tu propia cuenta, no puedo hacer nada por ti. Sólo puedo hacerte algo si permaneces en la cruz”. Dije: “Señor, ¿cómo puedo hacerlo? No tengo el poder”. El Señor dijo: “Yo estoy en ti, soy la resurrección, y tengo el poder que te capacitará para permanecer en la cruz”. La estrofa 1 de *Himnos*, #297 dice: “Si resurrección anhelo, / Tengo que la cruz amar”. La vida es Cristo. Si deseo vivir a Cristo, tengo que permanecer en la cruz y morir allí. Ésta es la segunda aplicación de la Nueva Jerusalén. La Nueva Jerusalén tiene doce puertas, las cuales debemos aplicar a nuestra vida diaria al permanecer nosotros en la crucifixión en nuestra experiencia diaria para ser conformados a la muerte de Cristo.

Los creyentes también deben buscar experimentar diariamente la resurrección de Cristo de modo subjetivo por la abundante ministración del Espíritu (la realidad de la resurrección) de Jesucristo para ser conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios (Fil. 1:19; Ro. 8:29). Es necesario que hagamos dos cosas: experimentar la muerte de Cristo de modo subjetivo en nuestro andar diario, y experimentar el poder de la resurrección en nuestro andar diario. ¿Cómo podemos experimentar la muerte de Cristo en nuestro andar diario? Por el poder de la resurrección. ¿Cómo podemos experimentar la resurrección de Cristo en nuestro andar diario? Por la abundante ministración del Espíritu de Jesucristo. El Espíritu de Jesucristo es la realidad de Su resurrección. Por Su resurrección podemos experimentar Su muerte. Entonces, ¿cómo puede ser aplicada a nosotros Su resurrección? Sólo por la abundante ministración del Espíritu de Jesucristo se nos puede aplicar Su resurrección. Ahora el Espíritu está aquí. El Espíritu de Jesucristo es Cristo mismo como Espíritu vivificante, quien es la realidad de la resurrección de Cristo.

La resurrección de Cristo es lo único que nos capacita para experimentar la muerte de Cristo, y sólo puede ser real a nosotros por la abundante ministración del Espíritu de Jesucristo. Jesucristo llegó a ser el Espíritu vivificante y está en nosotros. Cuando nos volvemos a nuestro espíritu, nos encontramos con Cristo, quien es el Espíritu vivificante, la realidad de la resurrección de Cristo. Por el Espíritu experimentamos la resurrección de Cristo. Experimentar Su resurrección significa tocar al Espíritu vivificante.

Para poder aplicar esto tenemos que permanecer en nuestro espíritu todo el tiempo y encontrarnos con Cristo, el Espíritu, la realidad de Su resurrección. Así tendremos el poder para permanecer en la cruz. La aplicación de las puertas de la ciudad consiste, primero, en permanecer en la cruz por el poder de la resurrección de Cristo. En segundo lugar, tenemos que aplicar a Cristo como Espíritu vivificante que vive en nuestro espíritu. Necesitamos tener contacto con Él continuamente. Esta es la razón por la cual la Biblia nos dice que debemos orar sin cesar (1 Ts. 5:17). Es sólo mediante la oración que podemos en nuestro espíritu tocar a Cristo como Espíritu vivificante, el Espíritu que es la realidad de Su resurrección.

Cuando pongamos en práctica la muerte de Cristo, seremos conformados a Su muerte y tendremos la imagen de una persona muerta en la cruz. Cuando tocamos al Espíritu, tocamos a Cristo en Su resurrección, y esto nos conformará a la imagen de la gloria del Hijo primogénito de Dios. Su muerte aplicada a nosotros nos conformará al molde de Su muerte, y Su Espíritu que está en nosotros nos conformará a la gloria de Su imagen, la imagen del Hijo primogénito de Dios. La primera aplicación de la Nueva Jerusalén consiste en que nosotros lo hagamos todo basándonos en la naturaleza divina. Esto es sencillo. Sin embargo, ahora tenemos una aplicación que tiene dos aspectos: la aplicación de la muerte de Cristo y la aplicación de la resurrección de Cristo como Espíritu vivificante. (*La aplicación de la interpretación de la Nueva Jerusalén a los creyentes que buscan más del Señor*, págs. 19-23)

LIBRADA DEL YO

El Cantar de los Cantares 2:14-15 describe cómo la amada es librada del yo por la cruz de Cristo.

Se preocupa demasiado por su condición espiritual

Los logros de la que ama a Cristo al ir en pos de Él para hallar satisfacción y reposo trae como resultado una condición en la cual ella cuida demasiado de su condición espiritual ante Cristo en lo relativo a si permanece en la perfección que logró. Cuando yo era joven, después de dar un buen mensaje, no podía olvidarme de él. Permanecía en él y lo disfrutaba. Finalmente, lo hacía la norma de los mensajes que iba a presentar después. Todos los mensajes tenían que ser tan buenos como ése. Esto quería decir que había llegado a cierto nivel y que quería permanecer allí. Cuando algunas de las hermanas dan un testimonio en las reuniones, esperan que los santos digan: “amén” fuertemente. Tal vez un día una hermana diga algo maravilloso, y los santos respondan con fuertes “amenas” y “aleluyas”. Esto hace que dicha hermana se sienta exaltada hasta el tercer cielo. Ella nunca se olvida de esa experiencia y la convierte en su norma, porque ésta se había convertido en un nivel al cual había llegado.

Esta jactancia produce el yo. El yo es producido por autojactancia, autoexaltación y autoglorificación. Cuanto más nos jactamos de nosotros mismos, más fuerte llega a estar nuestro yo. Nos exaltamos basándonos en nuestras jactancias. Luego nos glorificamos. Quizás no confesemos esto. Al contrario posiblemente digamos: “Di toda la gloria a Dios”. Pero de todos modos recibimos la exaltación. La exaltación significa la glorificación. Exaltar a Dios es glorificarle. Esto muestra que el orgullo es la fuente del yo.

Cae en introspección

Esto hace que ella caiga en introspección, la cual se convierte en la pared que la separa de la presencia de Cristo (Cnt. 2:9). La Biblia nos dice que pongamos los ojos en Jesús (He. 12:2), pero la introspección siempre nos dirige a mirarnos a nosotros mismos. La introspección es una inspección interior de nuestra condición interior. En nuestra introspección tal vez nos preguntemos: “¿Estoy perfecto todavía? ¿Todavía soy muy bueno ante los ojos de Dios, o me he degradado un poco?”. Esta introspección aumenta el yo, lo cual se convierte en la pared que nos separa de la presencia de Cristo.

Puesto que tenemos esta introspección, hay una pared edificada entre nosotros y nuestro Señor. Encontramos que Él está fuera y nosotros estamos adentro, y este descubrimiento nos hace más introspectivos. Tal vez preguntemos: “¿Por qué no tengo la presencia del Señor? Parece que estoy detrás de una pared, y Él está al otro lado. ¿Por qué?”. Esto llega a ser un

ciclo en el cual el yo crece y aumenta. El yo entonces llega a ser una prisión en la cual estamos encarcelados.

Esta clase de enfermedad espiritual no la experimentan los fríos, sino los que buscan al Señor fervientemente. Cuanto más ferviente usted esté, más estará edificado su yo. Cuanto más sigue al Señor, cuanto más usted logra, más edificará su yo. Finalmente, el yo llega a ser un centro. Toda su vida con todos los detalles se centra en su yo.

Las “zorras pequeñas” destruyen la floreciente resurrección de Cristo

Esta peculiaridad, su introspección, se convierte en una de las “zorras pequeñas” que destruyen la floreciente resurrección de Cristo en las iglesias (Cnt. 2:15). Nuestras peculiaridades nos impiden experimentar la resurrección de Cristo. La peculiaridad de un hermano quizás sea su carácter rápido, el cual se ha edificado durante muchos años. Pero cada vez que permitimos que nuestro yo con nuestra peculiaridad se crucifique, seguirá la resurrección. La resurrección es tipificada en 2:11-13 por el hecho de que el invierno ha pasado, la lluvia ha cesado, las flores han aparecido, el tiempo de la canción ha venido, se oye la voz de la tórtola, la higuera madura y las vides brotan y esparcen su fragancia. Si no estamos dispuestos a ser crucificados y permanecemos en nuestra peculiaridad, esta “zorra pequeña” destruirá lo que experimentamos de la resurrección de Cristo.

POR LA CRUZ DE CRISTO

Cristo viene como gacela y cervatillo, exhibiendo el poder de Su resurrección

Por consiguiente, Cristo viene como gacela saltando sobre los montes y como un cervatillo brincando sobre los collados, exhibiendo el poder de Su resurrección, el cual vence las dificultades, para llamarla repetidas veces a levantarse de su condición abatida, la cual la separa de Él, y a venir a Él (2:8-10, 13b). Según nuestra condición y posición, ciertamente necesitamos crucificar nuestra peculiaridad. Pero ir a la cruz y permanecer allí no es nada fácil. Si usted tiene un carácter rápido y está con una persona lenta, posiblemente algunos le aconsejarían que ejercite la paciencia. Pero cuanto más ejercitemos nuestros propios esfuerzos para crucificarnos, más Satanás vendrá para hacernos cavilar. Esto está relacionado con la guerra espiritual. Para recibir la crucifixión de Cristo, es decir, ser crucificado, necesitamos el poder de la resurrección de Cristo (Fil. 3:10).

Nos es difícil llegar a la cruz (representada por las hendiduras de la peña y lo escondido de escarpados parajes) y permanecer allí. En este momento la amada de Cristo lo ve como una gacela saltando sobre los montes y como un cervatillo brincando sobre los collados. El camino por el cual uno va a lo escondido de escarpados parajes es áspero. Recibir la crucifixión de Cristo que nos hace morir es ir por un camino áspero, y no es fácil llegar allá. Incluso después de llegar, es difícil permanecer allí. ¿Queremos permanecer en lo escondido de escarpados parajes? ¿Queremos permanecer en las hendiduras de la peña sobre el monte alto? Por eso necesitamos el poder de la resurrección de Cristo. Filipenses 3:10 dice que somos configurados a Su muerte por el poder de Su resurrección. Cristo es una gacela llena de poder para saltar y un cervatillo lleno de poder para brincar. Éste es el poder de la resurrección. Somos crucificados por el poder de la resurrección de Cristo, no por nuestra vida natural ni por la fuerza natural.

Todas las experiencias de Cristo están relacionadas con Su muerte, Su resurrección y Su Espíritu. Su muerte acompaña a Su resurrección, y Su Espíritu es Su resurrección hecha

real. Para conocer el poder de la resurrección de Cristo debemos aprender a volvernos constantemente de la mente al espíritu (Ro. 8:6). Cuando nos volvemos al espíritu, sólo podemos orar. Cuando nos volvemos al espíritu y oramos, inmediatamente el Espíritu está con nosotros como el poder de resurrección. Luego, cuando tomamos la cruz, los que están a nuestro alrededor quizás no se den cuenta de que hemos sido crucificados y de que estamos en la resurrección. Esto tal vez nos haga cantar: “¡Aleluya, Cristo es Vencedor!”. Cuando disfrutamos el poder de Su resurrección, Él es el Vencedor en nuestra experiencia, y nosotros somos conquistadores. Experimentamos a Cristo en Su crucifixión por el poder de Su resurrección mediante el Espíritu mismo quien está en nuestro espíritu. Romanos 8:6 dice: “La mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz”.

Para experimentar a Cristo y obtenerlo, necesitamos conocer lo todo-inclusivo que es Cristo. También debemos saber que tenemos un espíritu humano regenerado y que hoy el Espíritu de Dios ha llegado a ser el Espíritu vivificante y consumado de Cristo como el poder de Su resurrección. Debemos saber estas tres cosas. Luego podemos experimentar a Cristo y obtenerlo.

Permanecer en la cruz

Cristo desea que la amada permanezca en la cruz, es decir, que se quede en “las hendiduras de la peña” y “en lo escondido de escarpados parajes” (Cnt. 2:14a). Cristo desea que permanezcamos constantemente en la cruz. Los hermanos necesitan ser crucificados en su relación con su esposa. Cristo quiere que permanezcamos en una condición crucificada todo el tiempo. Podemos decir que algunas de las cosas con las cuales nos enfrentamos y que nos molestan son obra de Satanás, pero también son lo que Dios nos asigna. Dios designa que seamos aniquilados. En medio de nuestras situaciones problemáticas, debemos aprender a volver nuevamente al espíritu para ser fortalecidos por el Espíritu como poder de resurrección.

Cristo desea ver el semblante de Su amada y oír su voz en la cruz, que es las hendiduras de la peña y lo escondido de escarpados parajes (2:14b). Permanecer en la cruz no es nada fácil; es como llegar a las hendiduras de la peña y a lo escondido de escarpados parajes por un camino áspero. Esto sólo se logra por el poder de la resurrección de Cristo que se indica con los saltos de la gacela sobre los montes y los brincos del cervatillo sobre los collados, y no por la vida natural de ella. Esto equivale a “negarse” al yo como lo ordena el Señor en Mateo 16:24. También equivale a ser configurados a la muerte de Cristo por el poder de Su resurrección. Sólo así puede ella ser librada de su yo, pues éste le impide experimentar a Cristo en Su resurrección.

La obra salvadora de Dios consiste en transformarnos, en hacernos un hombre nuevo, parte de la nueva creación. Debemos ser transformados al negarnos. Negarnos al yo es dejarlo en la cruz para que podamos ser renovados. Día tras día, al ser crucificados llegamos a ser más y más nuevos. Finalmente, maduramos hasta llegar a ser un hombre nuevo. Ésta es la razón por la cual Dios se relaciona con nosotros crucificándonos. Dios no nos corrige ni nos mejora. Dios quiere crearnos de nuevo por medio de la transformación, y somos transformados al ser crucificados.

Antes vimos que necesitamos perfeccionar a los demás con oro, plata y piedras preciosas. La amada necesita que se añada oro a sus trenzas, necesita tachones de plata que asen las trenzas, y collares de joyas, piedras preciosas. Necesitamos experimentar al Dios Triuno como oro, plata y piedras preciosas, y luego podemos perfeccionar a los demás con el Dios Triuno al ayudarles a negarse para que puedan estar con el Señor de un modo nuevo y ser renovados y transformados para así llegar a ser absolutamente un nuevo hombre en la nueva creación de

Dios. Podemos ser liberados de nuestro yo y ser transformados sólo al ser conformados a la muerte de Cristo por el poder de Su resurrección. Por medio de la crucifixión llegamos a ser un hombre completamente nuevo en la nueva creación de Dios para que Él cumpla Su economía a fin de que seamos el Cuerpo orgánico de Cristo. El Cuerpo orgánico de Cristo es producido por esta clase de crucifixión.

Las estrofas 1 y 2 y el coro de *Hymns*, #477, hablan de la experiencia de ser librados del yo por la cruz de Cristo:

Aunque mil veces Cristo
Naciera en Belén,
Si Él en ti no nace,
Desdicha a tu alma es.
La cruz en el Calvario
Jamás te salvará;
Sólo la cruz en tu alma
Tu ser puede sanar.

La cruz de Cristo tomo
Hoy en mi corazón,
Para que muera al ego yo,
Y entre en resurrección.

Oh, hombre lo que ames,
Tú llegarás a ser;
Dios, si a Dios tú amas,
Polvo, si al polvo es.
Oh, sal para que Él entre,
No seas y Él será;
Si mueres tú, Él vive,
Y todo te dará.

(*Estudio de cristalización de Cantar de Cantares*, págs. 54-59)